



## INTRODUCCIÓN

Empecé a escribir este libro el 9 de noviembre de 2010, siguiendo el sinuoso camino que me iba marcando uno de los mayores secretos de tantos como posee el cristianismo. Hace unos meses salió a la luz una Biblia descubierta en Turquía, de más de 1500 años de antigüedad. Este supuesto texto sagrado es motivo de preocupación para el Vaticano, que ha pedido a las autoridades turcas que permitan a los peritos de la Iglesia evaluar su contenido, pues ya hay quienes aseguran que es original, y eso pondría su enorme imperio en un grave apuro, un jaque mate desestabilizador y terminante. El hilo argumental de esta novela, ajena a tan revelador hallazgo cuando dio sus primeros pasos, roza la esencia más pura dogmatizada en este canon bíblico, descubierto en el año 2000 y mantenido hasta el día de hoy en la más absoluta clandestinidad en el Museo Etnográfico de la ciudad de Ankara.

Desde aquí insto a los lectores a hacerse algunas preguntas: ¿Qué ocurriría si una creencia religiosa con más de dos mil millones de devotos en el mundo estuviera cimentada en una mentira? ¿Qué sucedería si se demostrara que la mayor profecía del mundo no se ha cumplido? ¿Y si la mentira estuviera más arraigada que Dios mismo?



En el ambiente parecía flotar una curiosa sensación de misterio y enigma, en cuya profundidad no se nos permitía aún ahondar, pero que lentamente se fue apoderando de nosotros como si de un hechizo se tratara. En aquel arcano enclave, allí mismo, en la tierra que estaba bajo nuestros pies, amasijo de siglos de historia y sumatorio de toda suerte de incógnitas, se escondía el secreto más codiciado de la cristiandad.



Toda leyenda comienza con una sencilla verdad...



## CAPÍTULO I

El despertador, estricto, sonó con escrupulosa puntualidad a las siete. La estridencia de su sonido anunciaba esa ineludible cita que tenía lugar cada mañana, para lanzarme de bruces a la cruda realidad. Una realidad que había sido menos despiadada conmigo aquella noche al permitirme dormir de un tirón, sin la presencia de esa molesta jaqueca que parecía haberse instalado en mi cabeza los últimos días.

Abrí los ojos, sobresaltada. Mientras me incorporaba en la cama observé como el amanecer se colaba perezoso a través de un sol carmesí y rebelde que se mecía en la infinitud de partículas de polvo suspendidas en el aire, al bies de las rendijas de la persiana del dormitorio. Seguidamente me levanté, entreabrí la ventana al alba e irrumpió un haz de intensa luz amarillenta que atravesó la habitación. Era un día radiante, con un cielo limpio y desenfadado.

Aquella imprecisa mañana de primeros de agosto esperábamos la visita de un pintor novel, un aficionado a las artes plásticas de padre neoyorquino y madre catalana cuyo nombre comenzaba a despuntar con persistencia en los círculos artísticos nacionales. Presentaba oficialmente su obra en Madrid por medio de nuestra galería. Se llamaba Alexander Vanderbilt, y por la fama que lo precedía desde la Ciudad Condal, de donde nos había llegado noticia de su elocuente existencia, el mundo del arte tenía en él una de sus futuras celebridades, ya que sus obras contaban con un aclamado mérito artístico.



Una última vez, antes de salir de casa para enfrentarme al mundo, en una especie de cómplice confabulación conmigo misma, me detuve frente al espejo del recibidor cuando el reflejo de mi silueta tomó forma en él y examiné rápidamente mi aspecto. Aquella falda de tubo negra, conjuntada formalmente con la blusita blanca que con tanta sinceridad se ajustaba a mis formas, realzaba mi figura femenina como ninguna otra prenda. Sin duda, a partir de ese momento convertiría aquel conjunto en uno de mis fetiches, incluidos los elegantes zapatos *peep toe* de altísimo tacón negro con los que había calzado mis pies. De forma inconsciente, mis labios delinearon una sonrisa desnuda al contemplar la imagen en el espejo veneciano. Fue un gesto parsimonioso, tan escaso en el movimiento como significativo en la intención. Me miré a los ojos; vibraban. Independientemente de los nervios que me invadían siempre que se inauguraba una exposición en la galería, aquella mañana dominaba mi interior una sensación extraña. Insólita.

Peregrina, tal vez; inexplicable, cuanto menos.

Me había levantado con el ánimo exaltado y la impresión de que algo especial estaba a punto de suceder. Aunque en esos momentos no tenía apenas cabeza para prestar atención a aquella excepcional sensación, todo mi ser estaba poseído por un extraordinario e inusitado entusiasmo. Sin embargo, me resultaba absurdo dar vueltas a algo tan subjetivo y personal como una corazonada, así que me deshice de esa ristra de ambiguas percepciones, cogí el maletín y el bolso, y salí de casa sin más preocupaciones en la cabeza que las que me deparaba la rutina diaria.

Era temprano aún, y quise aventurarme a pensar que, quizá, si la suerte no me era esquiva y el resto del mundo no tenía la misma idea que yo, no me vería inmersa en uno de esos solemnes atascos de coches y peatones, amenizados con conciertos de claxon en re mayor, que tienen lugar en las

principales calles de la capital en horas matutinas. El reloj marcaba las ocho y veinte cuando el termómetro de la plaza de España punteó inmisericorde los veintisiete grados. El sol reinaba implacable, elevando su majestuosidad en la que ya se presentaba como una calurosa jornada de verano, y Madrid se le entregaba irremisiblemente. La canícula hacía acto de presencia en el agosto más asfixiante y árido de varias décadas, y el rezagado ámbar crepuscular mudaba a un azul casi turquesa que despedía el alba con roídos jirones púrpuras que se descosían perezosamente de las nubes.

Todavía acompañada por la buena fortuna que había decidido saludarme aquella mañana de calor inmensurable, estacioné el coche al lado de la galería. Mi llegada estuvo envuelta por la casi docena y media de elogios que Charlie, uno de mis jefes y socio de Art Gallery, regaló a mi oído y a mi ego al verme aparecer. Creo que había conectado con él desde el momento en que nos conocimos, unos meses atrás, cuando me hizo la entrevista de trabajo a raíz de la cual me incorporé al formidable equipo que llegaríamos a establecer. La corriente de simpatía que surgió entre nosotros nos permitió entablar amistad de inmediato, y pronto nos entregamos al intercambio de confidencias. Charlie era tan bromista en su faceta personal como serio en la profesional. Enfocaba la vida con un peculiar desenfado y adoraba el arte en cualquiera de las expresiones en que se revelara. Para él, arte era sinónimo de talento, habilidad, genio y capacidad, y tenía bien afinado el sexto sentido para descubrir nuevos artistas; su capacidad para detectar virtuosos solo se podía definir como extraordinaria.

Se acercó a mí en el preciso instante en que mis pies cruzaban las enormes puertas de la galería.

—*Mon Dieu*, Loane, estás preciosa —me alabó con espontánea naturalidad mientras me cogía de la mano y me hacía girar sobre mí misma.

—Tú, que me miras con buenos ojos.

—Vas a dejar muy impresionado a Alexander Vanderbilt —afirmó con un gesto teatral.

—No me interesa impresionarlo físicamente —señalé mordaz—, aunque sabes que voy a intentarlo profesionalmente —añadí con rotundidad.

—¡Y vas a conseguirlo! No te quepa la menor duda.

Un breve silencio se instauró en el ambiente mientras se asentaba la ironía del trivial diálogo.

—¿Estás bien? —me preguntó Charlie, cambiando de tema.

—Sí, claro —respondí revistiendo mis palabras de tanta normalidad como pude.

—Loane, te conozco hace tiempo y sé que algo ronda por esa cabecita.

—Pse... —murmuré a modo de respuesta.

—¿Ahora me vienes con monosílabos ininteligibles? Y eso, ¿desde cuándo?

Agaché la cabeza entre los hombros y dejé escapar un resuello impregnado de resignación.

—Me he levantado con una sensación... extraña.

—¿Una de tus intuiciones?

—No creo en esas cosas.

—Lo cual es un error en tu caso, porque siempre aciertas. Tus intuiciones son prodigiosas. Eres puro instinto de supervivencia.

—Yo solo creo en lo que veo y oigo —interrumpí—. Y a veces, ni a eso soy capaz de darle crédito.

—Soy consciente de que, para ti, todo aquello que no siga un camino estrictamente racional o lógico, que no se pueda formular o verbalizar, no tiene validez ni credibilidad alguna.

—¡Exacto! —exclamé, alzando las cejas—. Si no interviene la razón ni la deducción, es mejor no hacer caso. Hay quien afirma que las intuiciones son manifestaciones de una capacidad extrasensorial que poseen algunas personas, pero a mí me suena a charlatanería.

—¡Nadie está llamándote bruja! —exclamó con gesto histriónico—. Vegetamos en un siglo en el que no deberías temer que te devoren las fauces de fuego y ascuas de una hoguera levantada en la plaza mayor de un pueblo maldito, mientras una muchedumbre enardecida por la sed de herejes y renegados corea tu nombre y exige que se imparta justicia. En nuestros tiempos, los seguidores del *Malleus maleficarum* cuentan con menos algarabía y más estilo.

—Ya sé que las cazas de brujas están pasadas de moda —apunté cortante.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que tus intuiciones derivan únicamente de tu extremada sensibilidad? Son reacciones emotivas fruto de vivencias o conocimientos previos, esos datos que tanto te gusta analizar. Deberías aprovechar mucho más esa percepción crítica que te permite discernir impresiones que a los demás nos resultan confusas.

Suspiré resignada, masticando mis últimas palabras. No quería dar pábulo a una absurda disputa verbal que desencadenase una discusión que probablemente acabaría como el rosario de la aurora.

—¿Tienes idea de a qué puede deberse esa intuición que has tenido? —indagó.

—Al estrés de trabajar en esta galería —dije con burla. Lancé una mirada más allá de Charlie—. Necesito comprobar...

—... por trigésima octava vez... —cortó Charlie en tono jocoso.

—Necesito comprobar —repetí con énfasis— que todo está donde debe estar y no en otro sitio.

—Todo está perfecto, Loane.

—Estará perfecto cuando le haya echado un último vistazo. Ya conoces de sobra la disciplina que me he impuesto.

Me adelanté unos pasos y observé de refilón el gesto escénico de Charlie, acompañado de uno de esos característicos suspiros ahogados que salían de su boca. Para él, el melodrama

y la exageración eran artes que se debían practicar asiduamente. Giré la cabeza para encontrarme con su mirada y, simplemente, le sonreí sarcástica.

Recorrí con solemnidad los cincuenta metros de pasillo que separaban la entrada de la galería de mi despacho. Una vez allí, dejé el maletín en la mesa, colgué el bolso del perchero y me encaminé a la sala de exposiciones dispuesta a dar comienzo a mi ritualizada labor. Una a una, en un acto protocolario, fui examinando las obras que se iban a mostrar y repasé el itinerario que habíamos elegido para la exposición. Presté especial atención a que cada nombre, fecha y explicación estuviera en la obra correspondiente.

—¿Todo correcto? —susurró una voz.

Reconocí al instante ese acento pausado y danzarín. Me giré hacia el lugar del que provenía el sonido y descubrí a Arthur, detrás de mí.

Había estado contemplándome escrupulosamente y en completo silencio desde el otro lado de la sala, por encima del borde de sus lentes obsoletos. Arthur Blake era el accionista mayoritario de la galería, escéptico y disidente en un mundo que solamente descubriría ante él las vergüenzas; precavido y metódico, amante del rigor y poseedor de una sólida sensatez y un denso sentido común; un prodigio de reflexión y paciencia. Sus comportamientos, propios de un sabio despistado, lo revelaban como un genio que vivía atormentado en una época que, sin duda, no era la que le correspondía. Como buen británico, y haciendo honor a la fama de los oriundos de la capital, Arthur era flemático, frío en determinadas circunstancias o con determinadas personas. Raramente demostraba alguna emoción que no fuera indiferencia o hastío. Hacía de la calma, el silencio y la introversión sus armas de supervivencia frente a una sociedad falta de moral higienizada, cuyos habitantes se veían prácticamente obligados a ventilar sus vicios para evitar el rechazo. Se enfrentaba a sus obligaciones con distancia y

responsabilidad; era uno de esos eruditos a la vieja usanza que no dicen una palabra más de las necesarias. Sus soberbios conocimientos sobre arte sobrepasaban los de cualquier catedrático, docto o leído del que hubiera constancia hasta la fecha. Era de esas personas que siempre buscan y casi siempre acaban por encontrar la línea recta que guía su conducta. Su religión era el arte, y su único dios, al que profesaba una fe vehemente, Dalí, con quien las lenguas viperinas de los círculos sociales lo comparaban satíricamente por su excelsa imaginación, su notable megalomanía y su manifiesto narcisismo. Sin embargo, aunque esas características eran las públicamente insignes, no eran las más laudables ni las que lo hacían acreedor de sobrados méritos de singularidad. Arthur era extremadamente sensible a todo cuanto lo rodeaba; su animadversión por el ser humano había ido creciendo a medida que la vida lo despechaba, hasta que acabó por hundirlo en un insalvable escepticismo por el universo, tal como habría apuntado Ramón y Cajal. Como suele ocurrir, el genio recibía el injusto trato de un loco al que era mejor ignorar. Pero las personas que tuvieron la fortuna de conocerlo no podrían haber estado más erradas. Para algunos ayunos en letras, desprovistos de picos en el encefalograma pero abastecidos de una mordacidad tóxica, el supuesto trastorno mental de Arthur inspiraba una piedad pecaminosa que hería su orgullo. Sus ideas, a semejanza de las pinturas dalinianas, navegaban entre la locura y la genialidad, donde sus pequeñas o grandes excentricidades contribuían únicamente a hacerlo más eminente.

—Creo que está perfecto —contesté.

—¿Crees?

—Creo...

—Para ti nada acaba de estar perfecto nunca, ¿verdad?

Silencié mi respuesta y sonreí.

—Tienes una voluntad férrea, decisión y valor —continuó Arthur—. Esas cualidades te llevarán al éxito.

—¿Tú crees? —le pregunté con suave ironía.

Liberó una risa indulgente y se acomodó en la nariz los viejos lentes.

—Básicamente, el éxito está compuesto por un noventa por ciento de esfuerzo, un cinco por ciento de originalidad y otro cinco por ciento de talento. Superas con creces todos los porcentajes.

—¿Y la falta de confianza en uno mismo? —Presté especial atención a su respuesta.

—En tu caso, la falta de confianza se suple en mayor o menor medida con otras cualidades que también posees y que también resultan idóneas para alcanzar el éxito.

Fruncí el ceño, intrigada. Arthur me miró por encima de los lentes, como un abuelo que aleccionara a su nieta predilecta, y sonrió comprensivo.

—Eres metódica, perseverante y extremadamente perfeccionista en todo lo que haces.

—¿Y qué me dices de la suerte? —apunté—. Gran parte del éxito está ligada íntimamente a la buena estrella. De hecho, creo que si la fortuna se niega a acompañarnos, si no nos escolta en nuestros propósitos, si nos da la espalda, poco o nada tenemos que hacer. La suerte no va siempre unida al talento.

—La constancia, la tenacidad y el conocimiento proporcionan lo que no concede la suerte. Es perfectamente reemplazable, Loane —concluyó.

Lo miré meditabunda mientras una solución me asomaba a los ojos. Arthur tenía un escuchar ceremonioso y un hablar solemne y pausado, y no repartía halagos que no fueran merecidos. Su conversación rara vez me dejaba indiferente. Como ocurre con las matrioskas rusas, que cuando se abre una muñeca se encuentra otra en su interior, y otra y otra más, el inglés conseguía dar respuesta a muchas de mis cuestiones, pero a la vez abría nuevos interrogantes a los que buscar argumentos.

Sin apreciar la presteza con que se deslizaba la relatividad del tiempo cuando conversaba con Arthur, las manecillas afiligranadas de mi reloj de pulsera se habían desplazado hasta acariciar con sigilo las diez de la mañana. Faltaba apenas un par de minutos para que se precisara la perfección de la hora dentro de su esfera ocre.

La galería debía abrir sus puertas al público.

Cuando emergí de mi fugaz abandono, Charlie ya se estaba ocupando de ello, aunque eso no me ahorraría la tradicional sucesión de saludos a los visitantes. El tenue murmullo de la gente que comenzó a entrar siseaba en el interior de la sala como un enjambre, despertándome del ligero letargo en que me habían sumido las palabras de Arthur. Decenas de caras conocidas iniciaron un súbito deambular por la estancia; cuerpos informes se extendían por ella como una negra mancha de petróleo por la superficie tranquila del mar, llenándolo todo, anegando el recinto al son asonante de la novedad y la expectación. Me enderecé y miré satisfecha al que minutos antes había sido mi interlocutor. Sus ojos sonreían. Tras un vistazo sumario a la afluencia de público reparé en Charlie, que iba de grupo en grupo repartiendo bienvenidas y estrechando manos calurosamente. Poco después se dirigía con pasos afanosos hacia mí.

—Alexander Vanderbilt quiere conocerte —soltó sin más al alcanzarme. Asentí conforme—. Ahí tienes el extraordinario motivo de tu intuición —afirmó mordaz, mientras una sonrisa de picardía asomaba a la línea de sus labios.

Hizo un gesto con la cabeza para indicarme la posición exacta de Alexander Vanderbilt en la sala. Hasta aquel día, como de costumbre, Arthur era quien se había encargado de tratar con él las condiciones de la exposición, y Charlie, quien lo había telefoneado en un par de ocasiones para ultimar detalles. Yo, en cambio, lo único que conocía de él era su obra, su colección de cuadros. El trabajo era la única carta de presentación que poseía de Alexander Vanderbilt.



Siguiendo las indicaciones de Charlie, dirigí la mirada hacia el lugar que me había señalado, no sé si con suficiente disimulo. Al fondo de la sala vi a un hombre alto bien adentrado en la treintena, de aspecto distinguido y complexión atlética, con hechuras y corte de galán de cine, rasgos rotundamente masculinos y sorprendentemente apuesto, que me miraba con insistencia mientras departía amable y sonriente con los invitados que tenía alrededor. La amplia sonrisa que se extendía por su atractivo rostro dejaba ver la perfección de una dentadura fuerte y blanca que confería cierto carácter autónomo a su buena fortuna. La arrogancia de su porte parecía corroborar su éxito.

Durante unos segundos, sus ojos, extrañamente fríos, lograron impactarme de manera asombrosa. De un azul celestial, casi transparente, combinaban armoniosamente con un cabello negro azabache, unos labios definidos y perversos y una tez color canela, dando a su fisonomía un aspecto hermético. Ataviado con un traje de tres piezas gris marengo, la ceñida camisa negra satinada, de cuello impecablemente almidonado, aderezada con una fina corbata anudada metódicamente, dejaba adivinar un torso delineado con perfección. Era la elegancia en persona, un Beau Brummell del siglo XXI. El árbitro de la moda de la corte victoriana parecía haber legado su sofisticado garbo a Alexander Vanderbilt.

En mi retina se quedó grabada a fuego su estampa, al tiempo que me preguntaba si era posible que la naturaleza hubiera decidido reunir en un solo hombre todas aquellas virtudes y si le habría dado conciencia de su perfección.

— Alexander Vanderbilt te espera, querida — me susurró Charlie al oído, espoleando la expectación que había creado aquel hombre en mí.

En silencio, me abrí camino en su dirección mientras él me examinaba a distancia. Durante los segundos que tardé en recorrer los escasos veinte metros que nos separaban, y que

se me antojaron de una envergadura dilatada hasta el infinito, pude percatarme de la proporción aritmética de su figura, de la cadencia rítmica de sus medidas, y comprobar con mejor juicio la simetría perfecta de sus músculos. La altura, la fortaleza y una imagen de conjunto asombrosa le conferían cierto aire de espíritu indómito. Las mujeres poseemos un instinto atávico que nos lleva a admirar en los hombres la fuerza física que les atribuimos. Desde luego, esta característica formaba parte del enorme atractivo que exhalaba Alexander Vanderbilt por cada poro de su piel.

Instantes antes de alcanzarlo respiré profundamente y carraspeé para dar una entonación correcta a mi voz. Cuestión de perfeccionamiento, de retoques. Él esperaba mi llegada, presumí, cuando lo vi abrirse paso augusto y disculparse ante el grupo de contertulios con los que se encontraba conversando animadamente.

—Discúlpenme —me excusé con voz clara y tono decidido—. Les robo unos minutos al señor Vanderbilt —añadí, dibujando una ligera y cordial sonrisa en mi boca.

Los invitados asintieron con una leve inclinación de cabeza y acabaron de ceder un espacio del que el propio Alexander Vanderbilt se había encargado de adueñarse. Hice gala de todo el aplomo de que fui capaz en un momento en que la imperturbabilidad de sus ojos pronunciaba un veredicto, quizá exacto y tajante, sobre los míos. La firmeza de su mirada intimidaba. Sin duda, era el hombre de éxito que parecía ser. Tragué saliva y alargué el brazo hacia él para tenderle la mano con amabilidad. La estreché solemne y calurosamente, con la gentileza que impone tal tratamiento de respeto. Su apretón añadió a la cordialidad del gesto seguridad, confianza, atrevimiento e irreverencia, pero por encima de todo, eso: autoridad. Parecía querer dominarme.

—Loane Darey, comisaria de la exposición —me presenté mientras analizaba su rostro.

—Alexander Vanderbilt, pintor en ciernes —contestó en tono jovial.

Intercambiamos una sonrisa distendida.

Su voz era grave, masculina e imperativa, con un leve rastro de acento catalán. Hablaba con calma y fluidez, aunque se adivinaba un peculiar humor negro, y me pareció advertir en sus ojos el destello de una alegre burla, como si en secreto parodiase el mundo que lo rodeaba o incluso a sí mismo. Su barbilla, orgullosa e impulsiva, se enmarcaba en una poderosa mandíbula realzada por unos pómulos suficientemente definidos para desafiar los convencionalismos. La suya era la belleza angulosa de un animal de pura raza, salvaje y peligroso.

—Encantada de conocerlo, señor Vanderbilt. Es un placer.

—El placer es mío, señora Darey.

Sus ojos se llenaron de picardía cuando pronunció mi apellido. Supuraban una extraña sensualidad que parecía hacer efervescente el negro abismal de sus pupilas. Aunque fingí indiferencia hacia su porte seductor y desenvuelto, experimenté un escalofrío que me caló hasta los huesos, y una súbita inquietud a la que no supe dar explicación se instaló a lo largo de mi cuerpo. Ese hombre tenía algo indescriptible que me intimidaba.

—Puedes llamarme Álex —señaló al tiempo que se ajustaba el nudo Windsor de la corbata.

—Y usted a mí, señorita Darey —le aclaré en tono irónico, adornado con el regalo envenenado de una sonrisa rápida—. Es un honor para Art Gallery que haya expuesto aquí su obra. En nombre de los directores de la galería y, por supuesto, en el mío propio, le doy la bienvenida y le agradezco la confianza depositada en nosotros.

Sonrió con sus ojos cristalinos.

—Gracias por la acogida que me habéis brindado. Me gustaría mencionar que me siento enormemente halagado de que haya sido Art Gallery la que ha tenido la deferencia de exponer mi obra.

—Uno de nuestros principales cometidos, adoptado como obligación por todos los miembros del equipo, consiste en promocionar y apoyar a los artistas emergentes y, sobre todo, promocionar y apoyar sus creaciones —le expliqué con atenta cordialidad—. Si es tan amable de acompañarme, señor Vanderbilt... —hice una pausa—, Álex —corregí—, le presentaré a los directores de la galería.

—Por favor. —Respondió a mi sugerencia cediéndome la prioridad—. Usted primero, señorita Darey.

Observé que Alexander Vanderbilt era además un hombre perceptivo y carismático. Contaba entre sus virtudes una pericia de palabra y una gracia en la expresión dignas del mejor sofista griego. Un peligroso predicador de ojos ardientes y sonrisa irresistible, dispuesto a catequizar almas extraviadas para devolverlas al camino de la salvación. Su elocuencia, estudiada y sutilmente comedida, y esa verbosidad que presumí persuasiva e insinuante, se advertían como armas capaces de engatusar a más de uno y, cómo no, a más de una. La palabrería abundante, bien organizada, y el verbo administrado con pulcritud hacen siempre las delicias de los oídos necios de alguna mujer, sobre todo si para seducirla basta con la estulticia de la palabra. Pero Alexander Vanderbilt no destilaba solo verbo; irradiaba una prepotencia genuina aparentemente congénita. Era de esas personas a las que el mundo parece pertenecer, simple y llanamente porque no aceptan fronteras ni límites. Establecen sus propias reglas, libres de conciencia ética, e imponen su voluntad al resto. Uno de esos hombres que navegan o intentan navegar al margen de cualquier directriz que pueda marcarles el destino, con una confianza ciega en la vida, y a quienes la gente perdona su osadía por ser tan asquerosamente afortunados.

Tras la presentación oficial del señor Vanderbilt a Arthur y Charlie, que le transmitieron la preceptiva bienvenida entre expresiones de respeto mutuo, el siguiente paso fue mostrarle

el itinerario de la exposición. Durante el trayecto, nuestro diálogo se convirtió en un tira y afloja rebotante de ingenio. En alguna ocasión sorprendí a Alexander Vanderbilt escrutando furtivamente la línea infinita que perfilaban mis piernas, diagnosticándome las medidas fehacientemente y contemplando de forma deliberada y casi enfermiza los zapatos de tacón alto con que conjuntaba la ropa. Era irreverente, contrario a todo respeto debido, arrogante hasta límites inenarrables, prepotente y, por añadidura, déspota. Ostentaba la soberbia insolente de quien cree saberlo todo. Descarado, provocativo, embaucador y desvergonzadamente guapo, más de lo que ningún hombre tendría derecho a ser. Con la misma facilidad con que un niño paladea la dulzura de un caramelo, yo lograba perderme en el azul celeste de sus ojos incendiarios.

Se percibía que Alexander Vanderbilt estaba acostumbrado a obtener cuanto deseaba. Era de los que persiguen sus metas de manera obstinada y caprichosa sin reparar en medios ni escrúpulos. Había algo hipnótico en su mirada, tentador en su belleza y misterioso en su persona. Algo que iba más allá de una explicación precisada con palabras y que podía doblegar las más sólidas virtudes. Creo que no exageraba al pensar que ninguna mujer habría osado eludir sus caricias.

Los tres días que duró la exposición transcurrieron de forma rápida y resuelta. La colección tuvo una acogida excelente, rubricada en todo momento con halagos. Se vendieron nueve de la veintena de lienzos expuestos, además de recibirse varios encargos personales de algunos de los clientes más sustanciales con que contaba asiduamente la galería. A ninguno nos sorprendió tan buena aceptación; se trataba de una pintura muy cuidada, sobria, con trazos, líneas y colores muy depurados, sin rebuscamientos ni artificios, condiciones que hacían las delicias de los más puristas y contribuían a

consolidar su fama. El realismo que plasmaban los cuadros de Alexander Vanderbilt, en una recreación única y sublime, era asombroso, con una minuciosa visión para las medidas correctas. Se podían pasar horas y horas observando sus obras sin correr el riesgo de agotar los detalles.

La belleza que reflejaba a través de la paleta era la que le proporcionaba esa realidad que tan fielmente reproducía en sus obras, sin idealismos ni ardidés ornamentales. Sus pinturas carecían de subjetividad. La única fuente de inspiración con que contaba era sencillamente el entorno, y la belleza que descubriera en él. Todo lo que era capaz de contemplar lo convertía inmediatamente en un conjunto de líneas y color que cobraba vida sobre el lienzo. Su ojo era como el de un fotógrafo, y su mano, una cámara en la conquista de una realidad que, en la diversidad temática que abarcaba su colección, ganaba excelencia por estar contenida en unos cuadros que desde un principio captaron poderosamente mi atención y la de buena parte de la concurrencia. Eran unas obras densas, misteriosas, cerradas al espectador. En ellas aparecían exuberantes mujeres sensualmente azotadas, castigadas con una única arma: el erotismo en su máxima expresión. Unos cuerpos que autografiaban en renglones de placer una poesía de carnalidad exacerbada e insultante, inmovilizados en posiciones tan hermosas como imposibles. Pero entre todos había uno que seducía el ojo por encima de los demás: el cuerpo esbozado de una muchacha de no más de dieciocho años se retorcía glorioso sobre sí mismo mientras las formas precisas, viriles y arrolladoramente autoritarias de dos hombres la sometían y sodomizaban al capricho que dictaba su imperioso deseo, al tiempo que una aglomeración de devoradores de morbo, en derredor, deglutía una lascivia que traspasaba las líneas coloristas de la obra hasta alcanzar la mismísima alma del espectador. Sin duda, era uno de los cuadros más evocadores e intensos que había visto en mi vida.

Aquellos lienzos nacidos de la mano de Alexander Vanderbilt hacían insigne honor a una sexualidad alternativa, desconocida para la mayoría de los mortales pero, según reflejaba la conjunción perfecta y armonizada de trazos y colores sobre la virginidad de la tela, llena de matices y visos por descubrir.

Todos los artistas plasman parte de su universo personal en cada una de sus creaciones. «Analiza una obra y conocerás al autor». No sin cierto miedo, me preguntaba qué parte de la mente de Alexander Vanderbilt se encargaba de expresar las imágenes que componían aquellos cuadros. La lascivia y la perversidad que se reflejaban en ellos acariciaban mi imaginación como una mano con guante de seda, de modo coqueto y tentador.

A lo largo de aquellas jornadas en las que Alexander y yo cruzamos charlas y pareceres, debatimos opiniones y rompí con el respeto debido a la diferencia generacional y me acostumbré a llamarlo Álex, lejos de apaciguarse la inquietud que provocaba en mí su presencia, se acrecentó de una forma insinuante y peligrosa. En algún momento de las horas que pasamos juntos, en mi cabeza se instaló con una insistencia rayana en la obsesión la idea de que ocultaba algo. Algo callaba. Comenzó a martillearme la mente el pensamiento apremiante de que no había ido a Madrid solamente con motivo de la presentación de su obra en nuestra galería. Tenía el pleno convencimiento de que otro asunto, de una envergadura seguramente muy distinta, lo había llevado a la capital e incluso a mí. Con esa desazón que me rondaba, se dio por clausurada la exposición.

Mi reloj marcaba las nueve y media de la tarde, el día en que finalizaba la muestra, cuando Alexander Vanderbilt se abrió paso decidido entre los asistentes con intención de llegar hasta mí, para felicitar me por el óptimo trabajo realizado con su colección. Cuando me alcanzó, me asió con suavidad

por el brazo y me condujo cortésmente a un rincón de la sala, lejos de la multitud. Me detuvo frente a sí, en la leve intimidad que había conseguido, y en apenas una fracción de segundo mi mirada se amoldó a la suya de manera concisa.

—Enhorabuena por el excelente y arduo trabajo que has hecho con mi obra, Loane —me dijo mientras clavaba sus ojos en los míos.

—Es mi cometido —respondí satisfecha—. Aunque no es solo mérito mío. Charlie y Arthur tienen mucho que ver en la tarea de exponer cada objeto de la forma más adecuada.

—Soy consciente de ello. Tanto Charlie como Arthur han recibido ya mis felicitaciones y, por supuesto, les he hecho llegar mis agradecimientos, al igual que quiero hacer contigo aplaudiendo la labor que desarrollas en la galería. —Sonrió cortésmente. De inmediato supe que había algo más detrás de esa simple sonrisa.

—Muchas gracias, Álex.

Recibí sus halagos complacida y perceptiblemente azorada; suponían un pequeño azote a mi timidez, sobre todo porque se presumía que Alexander Vanderbilt no era de esos hombres dados a las lisonjas fáciles. Sin embargo, sus palabras se me antojaron huecas, carentes del efecto encomiástico que pretendía darles.

—Me gustaría, si no tienes comprometida la noche —prosiguió—, invitarte a cenar después de que acabe tu jornada para agradecerte personalmente la esmerada atención con que has tratado mi obra. —Su mirada se tornó en un segundo aguileña.

Durante los instantes siguientes a su invitación y previos a mi contestación, el ambiente se tiñó de un recelo procedente de mi persona ante aquel inesperado y sorprendente brote de interés por verme después. Como buenamente pude, hice un primer y único intento de declinar su invitación, pero me fue imposible.



—No sé a qué hora podré salir. Cada vez que cerramos una exposición tenemos que tramitar un montón de papeleo —le expliqué, convincente.

—Hay restaurantes que sirven cenas hasta muy tarde —apuntó.

—Aun así, puede que no encontremos nada abierto, excepto algún local de comida basura —bromeé, taimando la negativa.

—Entonces pasaremos de la cena y nos tomaremos una copa —insistió persuasivo—. ¿Te gusta el martini, o prefieres un gin tonic? ¿Mitad y mitad, dos partes de tónica y una de ginebra, tres de tónica y dos de ginebra...?

Para una abstemia convencida como yo, un gin tonic en cualquiera de las proporciones que me proponía sonaba tan apetecible como un vaso de colonia.

—Nunca me ha gustado la tónica —respondí con sarcasmo.

—Entonces, ¿un martini? O una ginebra a palo seco..., si la tónica es lo que no te agrada —matizó, más mordaz aún.

—Gracias por la invitación, Álex, de verdad, pero...

—No tendrás miedo de quedarte a solas conmigo —me cortó con insolencia.

—¿Miedo? ¿Por qué iba a tener miedo?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Señor Vanderbilt, hay pocas cosas en este mundo que consigan darme miedo —afirmé—. Le aseguro que usted no es una de ellas.

—Siempre que te pones nerviosa dejas de tutearme.

Lo miré con una expresión de desconcierto proyectada en el rostro. No me había dado cuenta, aunque era obvio que Álex había reparado en ello. Creo que fue en ese momento cuando decidí rendirme a su perseverancia y a él.

—Me conformo con un té blanco —dije al fin, resignada.

—Eso está mejor —contestó con voz pausada mientras sus pupilas se contraían.

—Han abierto a dos manzanas una cafetería en la que sirven unos tés de vicio.

—¿Té blanco? —repitió—. El de la belleza. ¿Ese es tu truco? Fruncí el ceño durante un segundo.

En más de una ocasión, las locuacidades de Álex me pillaban con la guardia baja y sin saber bien qué responder para no quedar en evidencia. Ante mi extrañeza, se limitó a brindarme una ligera sonrisa, seguro de la infalibilidad de sus palabras, certero en la eficacia de sus hechos, firme en el juicio de sí mismo y de los demás.

—Está bien; iremos a probar esos tés de vicio —accedió con una risilla indulgente—. Tengo que concretar unas cosas con algunos de los osados clientes que han adquirido mis obras. Cuando termines, te estaré esperando en la salida.

Sin más sonido entre nosotros que el suspiro condescendiente manifestado por mi garganta ante la coacción de su labia, orienté hacia el despacho la sombra que se desgajaba de mis pasos. La fluorescencia proveniente de una luna lechosa ingresaba desvergonzadamente por la ventana, creando formas trapezoidales en el suelo y la pared contigua. Rodeada de aquella claridad casi mágica, me introduje en la estancia y encendí la luz. Todavía tenía que completar la documentación necesaria para el día siguiente, una formalidad obligatoria. En el par de horas que pasé rellenando con más o menos tino el papeleo gubernativo, la imagen de Alexander Vanderbilt vagaba esporádica e inexplicablemente a sus anchas. Aparecía y desaparecía en mi mente como un fantasma que merodease por un castillo. Al margen de los agradecimientos protocolarios que deseaba hacerme llegar, su invitación resultaba, cuando menos, sospechosa. Su conducta de los días anteriores dejaba entrever fugazmente una doble intención. Pensé, de todos modos, que sin duda me haría saber en el transcurso de nuestra disimulada cita aquello de lo que quería hacerme partícipe.

Seguramente, lo que Alexander Vanderbilt se trajera entre manos no podía esperar más tiempo que el prestado en la entrevista. Tenía la certeza de que lo que fuera se hablaría con ocasión de ese encuentro.

Intenté concentrarme para acabar con la ineludible vorá-gine de documentos que tenía sobre la mesa. Del sopor burocrático me sacó Arthur, que se presentó en el despacho con semblante serio y algo gruñón. Supuse entonces que se encontraba inmerso en alguna de sus particulares disputas con el mundo.

—¿Tienes toda la documentación? —me preguntó mientras dejaba caer los lentes al pecho—. Las llamadas telefónicas de los impacientes apremian.

—Sí, aquí está todo —respondí, entregándole la pila de papeles.

—¡Malditos trámites! —farfulló malhumorado—. Consiguen hacer añicos la esencia del arte. Quebrantan su sustancia y hacen que su dulce sabor amargue como la peor de las hieles. El arte debería ser una maravilla de dominio público y, por supuesto, gratuito.

Arthur era poco amigo del papeleo y de todo aquello que supusiera una cortapisa para la expansión autónoma de la creatividad. Pero los trámites y documentos no solo conseguían «hacer añicos la esencia del arte», sino también su afamada imperturbabilidad. Él, que nunca se exasperaba, era incapaz de echar mano de algún vestigio de resignación para aplacar su antipatía hacia las tediosas obligaciones burocráticas, de modo que lo consumían hasta evaporar por completo su paciencia.

Con los papeles en la mano y malhumorado, enfiló el camino hacia la puerta. Antes de abrirla, se dirigió de nuevo a mí.

—Creo que Alexander Vanderbilt te espera en la entrada. Se lo ve impaciente.

—Hemos quedado para vernos ahora.

Arthur me lanzó una mirada perspicaz. Leí su pensamiento como si fuera un libro abierto.

—No hemos quedado para salir juntos —me adelanté a decir.

—¿No? Entonces, ¿para qué?

—No vamos a salir juntos en ese sentido —aclaré, sutil—. Quiere agradecerme la labor que hemos hecho con su obra antes de regresar a Barcelona —argumenté.

—Es todo un detalle por su parte que, siendo una labor conjunta, la invitación recaiga exclusivamente en las piernas más bonitas de la galería. Imagino que habría sido una crueldad por tu parte rechazar su invitación.

Ahogué en el fondo de la garganta la réplica que provocaron en mí aquellas palabras. No habíamos quedado para salir juntos. No en ese sentido.

Acto seguido, ordené rápidamente la documentación que tenía en la mesa, revisé el bolso para comprobar que llevaba todo lo necesario, incluso para el hipotético caso de una huida inminente del país, y puse rumbo con resolución a mi encuentro con Álex.

